



XIII.

PRINCIPIOS DEL REINADO DE FELIPE III.—OFENSIVA DE LOS HOLANDESES.

1598-1601.

Viaje de la Corte al litoral mediterráneo.—Llegan á Valencia, desde Génova, doña Margarita de Austria y el archiduque Alberto.—Casamientos y fiestas reales.—Recompensas.—El Duque de Lerma dispensador.—Vuelve el Archiduque á Flandes.—Cortes de Barcelona.—Prestigio del Duque de Medina-Sidonia en asuntos de marina.—Escuadra holandesa en Canarias é Indias.—Siguela el Adelantado de Castilla.—Su mala estrella.—Federico Spínola lleva galeras á los Países Bajos.—Causa daño considerable al enemigo.—Salva á las flotas de Indias D. Diego Brochero.—Acción de D. Luis Fajardo contra ingleses y holandeses juntos.

No más de veinte años (que suelen ser pocos en la edad de los hombres para el desempeño de negocios graves) contaba el príncipe D. Felipe al ser proclamado Rey de España y de las Indias, ó Rey de las Españas, en expresión vulgar, como tercero del nombre ¹, entrando en posesión de los vastísimos dominios regidos hasta entonces por su padre.

Afable, morigerado, pacífico, ejemplar en prácticas que le valieron renombre de *Piadoso*, hizose al mismo tiempo merecedor del de *Indolente* por el despego con que desde el momento de la coronación dejó al cuidado ajeno, así las riendas del gobierno como cuanto á su cuidadosa autoridad incumbía.

El Marqués de Denia, D. Francisco de Sandoval, después

¹ Nació el 14 de Abril de 1578; fué reconocido y aclamado el 13 de Septiembre de 1598.



Duque de Lerma, fué el que recibió el encargo, nada fácil, de dirigir en su nombre la nave del Estado, debiendo, en el común sentir, procurarla adobio y reposo en la oportunidad de paz con Francia y dejación de las provincias de Flandes, fortaleciéndola poco á poco á favor de medidas restrictivas de orden económico con que se compensase ó corrigiese el sacrificio de hombres y dinero hecho en las prolongadas guerras anteriores al esplendor y á la preponderancia; empero el gobernante nuevo, con otra opinión, mantuvo la corriente de gastos enormes dentro y fuera del reino, acreciéndola desde el principio con la idea de un viaje de la Corte al litoral, motivo de fiestas suntuosas y de prodigalidades repetidas desde entonces por sistema, que le parecería bueno en lo que halagaba la vanidad y distraía la atención pública.

Don Felipe el segundo dejó antes de morir concertados los casamientos de su hijo con la archiduquesa Margarita de Austria y de la infanta Isabel Clara con el archiduque Alberto, y éste, acompañando á la futura reina de España, había emprendido el camino desde Bruselas hacia Milán y Génova. Llegados á Ferrara, donde se hallaba el Papa, Su Santidad bendijo el doble matrimonio, verificado por poderes, donó á doña Margarita la rosa de oro, y pasados en regocijos algunos días, continuó la comitiva el viaje al puerto donde esperaban las escuadras de galeras al mando del príncipe Juan Andrea Doria, teniendo el de las de España el Adelantado de Castilla D. Martín de Padilla; el de las de Nápoles, D. Pedro de Toledo, marqués de Villafraanca; el de las de Sicilia, D. Pedro de Leyva. En todo eran cuarenta; la Real, magníficamente dispuesta para alojamiento de la Reina ¹.

Salió la armada de Génova el 18 de Febrero de 1589, haciendo escalas en Saona, Niza, Santa Margarita, Tolón, Marsella, Cadaqués, Rosas, Palamós, Barcelona y Alfaques; navegaba únicamente de día, á fin de disminuir la molestia de la Señora y de la Archiduquesa, su madre, poco familiariza-

¹ *Viajes regios*, pág. 229.



das con la vivienda náutica. Así emplearon nada menos de cuarenta días en llegar á Vinaroz, punto del desembarco.

En el interin, obtenido por el Rey en Cortes un subsidio extraordinario, partió de Madrid con la Infanta, su hermana, y gran cortejo para recibir á los desposados en Valencia, donde hicieron la entrada solemne el 18 de Abril. El mismo día se ratificaron los matrimonios, dando principio á las galas y alegrías con que se daba á conocer el desenfado del valido en la distribución de las mercedes ó gracias de ocasión, como de los cargos palatinos, puestos de importancia, encomiendas, hábitos de las Órdenes militares, agrados ó esperanzas de medrar ¹. A Juan Andrea Doria se acordaron 30.000 ducados de ayuda de costa, amén de otros 20.000 que le dió el Rey difunto para servir en la jornada de venida de la Reina; á su hijo Joanetin, una abadía en Sicilia, con doble renta sobre el arzobispado de Toledo; el mando de la escuadra de galeras de Génova, al Duque de Tursi; pensión decente al Marqués de Torrilla, con otras menores al resto de familia del Capitán general de la mar. Dióse á D. Martín de Padilla grandeza de España, negándola á D. Pedro de Toledo, que de mal talante quiso dejar las galeras de Nápoles, y aun se extendió la benevolencia á los marineros y soldados, figuras decorativas en la parada, declarándoles exentos de las pragmáticas obligatorias, de usar almidón en los cuellos y lechuguillas de determinada dimensión y autorizándoles para llevar bandas y vestidos á su gusto ².

Del principal dispensador comenzó á *rugirse* que no quedaba corto ni empachado en engrandecer á sus deudos, para los que reservaba dignidades, honores y riquezas, mordiéndole los maldicientes, no tanto por ello ó por el título de Duque de Lerma, que debió personalmente á la solemne fiesta nupcial, como por las sumas de cincuenta y de cien mil du-

¹ «Hanse dado más hábitos después que S. M. heredó, que no se dieron en diez años en vida del Rey, su padre, porque dicen pasan de cincuenta personas á los que se han dado, y que los más lo han alcanzado con poca diligencia.»—(Cabrera de Córdoba: *Relaciones*.)

² Idem idem.



cados recibidas del Rey á título de albricias por el trabajo de noticiarle la llegada de las flotas de Indias siempre deseadas y en peligro siempre de temporales y asechanzas.

En esto, lo mismo que en la visita de los bajeles, se significaba el reinado con tinte marítimo, navegando los Reyes desde Valencia á Barcelona con la lucida armada de cuarenta y cinco galeras. Llevábales el doble objeto de celebrar Cortes y despedir á los soberanos de los Países Bajos, Alberto é Isabel Clara, que con la armada misma siguieron hasta Génova el 7 de Julio.

Aprovechando la estancia de la Corte se marcó también en las deliberaciones de los diputados aquel tinte, porfiando por la autorización para armar por su cuenta diez galeras con destino á la defensa de la costa y daño de los moros. A esta pretensión racional, hecha en Cortes anteriores varias veces, siempre se había opuesto resistencia por la Corona, prevaleciendo la antigua prevención de D. Fernando el Católico por el ejercicio del corso contra el corso, que acabó con la gloriosa marina catalana y con sus prácticas celebradas ¹. Ahora la mantuvo el de Denia, prefiriendo acordar peticiones de menos conveniencia; con todo, á última hora, fuera por la pertinacia de los procuradores ó por el obsequio personal de diez mil ducados que no se sabe á qué título le hicieron, mudó de parecer y la autorización se concedió reduciéndola á ocho galeras, desde cuatro con que se comenzara el servicio por ensayo, habiendo de proponer los diputados cuatro caballeros del reino, de los que elegiría el Rey uno por general, para gobernarlas.

Casi al mismo tiempo vino á decidirse otra novedad: el empleo de las galeras en los mares del Norte por iniciativa de Federico Spínola, noble y acaudalado caballero de Génova que llevaba años de militar voluntariamente en los Países Bajos instado de la emulación. Comprendiendo que con

¹ «Si para naves exceden los vizcainos, para galeras ninguno iguala con catalanes y mallorquines; por donde resulta el refrán *que si en galera se hace cosa buena, el capitán ha de ser catalán.*»—(Viciana: *Crónica de Valencia*, Valencia, 1564, folio 122 vuelto.)



aquellos bajeles, cuyo servicio le era familiar ¹, sería posible interrumpir, ó molestar cuando menos, el tráfico de los rebeldes, transportar las tropas reales, cuidar de su comunicación y socórrer con oportunidad los lugares amenazados, propuso la organización de escuadra especial, ofreciéndose á conducirla y manejarla. El asunto se había consultado al Consejo de Guerra, andando en papeles desde Bruselas á Madrid; aquí principalmente, donde el juicio del Rey difunto, opuesto á las galeras, como hizo saber al Duque de Alba y á D. Luis de Requesens cuando con instancia las pidieron, pesaba todavía; ahora, las circunstancias que reunían en Barcelona al Rey y al archiduque Alberto dieron á Spínola la facilidad de hacerles oír de viva voz las razones en que fundaba el proyecto; y como á la más grave dificultad respondía su desprendimiento (lo mismo que el de los catalanes), brindándose á sostenerlas, se cerró el negocio haciendo asiento y capitulación, con complemento de cédulas en virtud de las cuales había de regir las seis galeras que sirvieron en Bretaña y de momento estaban en Santander á cargo de Carlos de Amézola.

Por rareza no tuvo que intervenir en el asunto D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, duque de Medina-Sidonia, el desdichado caudillo de la Armada en la expedición de 1588 contra Inglaterra, y no más feliz defensa de Cádiz en 1596, pues había conseguido la confianza absoluta del Rey, por el conducto de su privado, á favor de una «relación del estado en que se hallan las cosas de estos reinos y fuera de ellos de la obediencia de Su Majestad, y del peligro y riesgo en que al presente están», escrito con que enviaba el de homenaje ², y por el cual sin motivo se formó en la Cámara altísimo concepto de la capacidad del Duque. Confirmado, pues, en los cargos de Capitán general del mar Océano y de la costa de Andalucía, que venía sirviendo, fuéronsele ampliando las atribuciones; de forma que, no solamente entendiò como antes

¹ Había servido en los del Mediterráneo.

² Copia en la correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, Dirección de Hidrografía. *Colección Navarrete*, t. XXXI.



en la provisión de los presidios de Berbería y cuidado de las plazas andaluzas, sino también en el despacho de las flotas, armamento de escuadras de su guarda, acopios y organización general. Él proponía nombres para capitanes, almirantes y generales, iniciaba jornadas, redactaba instrucciones, y nada se hacía sin consultarle con mayores consideraciones de las que mereció á D. Felipe II, significándole á cada paso el aplauso y alabanzas del Rey por el celo, la prudencia, la previsión con que á todo acudía ¹. Agotados los términos usuales de cancillería, «teniendo en consideración los servicios y cualidad de su casa, y porque quedara en ella, como es justo, señal de la gratificación que merecía el amor y celo, y lo bien y honradamente que había empleado la persona en tantos y cualificados negocios como se le encomendaron», por título del año 1602, repetido en el de 1612, se nombró á su primogénito, D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, conde de Niebla, Capitán general del mar Océano para después de los días de su padre, «teniéndolo desde luego por suyo y tomando la posesión para que desde luego también pudiera servirle y sirviera de coadjutor en el dicho cargo» ², y con ello y la agregación de altos funcionarios á sus órdenes, dispuso el Duque desde la residencia de Sanlúcar de cuanto incumbe al ramo de marina; fué, en realidad, Ministro sin el nombre ni la responsabilidad material, casi en todo el curso de la vida de Felipe III ³.

Desde Barcelona, donde dejamos á la Corte, marchó por tierra á Tarragona. En este puerto embarcó de nuevo, haciendo los Reyes agradable travesía hasta el Grao de Valencia, con objeto de disfrutar del espectáculo de un simulacro naval, de paseos y meriendas á bordo, juntamente con lances de atunes en las almadrabas de Jávea ⁴. De Valencia, por Za-

¹ Cartas contenidas en el dicho volumen y otras de los secretarios del despacho en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LXXXI.

² Copias en la *Colección Navarrete*, t. XXXI y t. III, núm. 56.

³ Hasta 1619. En carta de D. Manuel Alonso, fecha en 1620, se hacen referencias de su muerte. *Colección Navarrete*, t. XXXI.

⁴ De una relación que se titula *Jornada de Su Majestad Felipe III y Alteza la In-*



ragoza, regresaron á Madrid al cabo de un año casi de festejos. Y tuvieron digno coronamiento al hacer la entrada oficial, para la que se derribaron manzanas enteras de casas ensanchando la vía de la comitiva y engalanándola sin reparo en costo, como si se encontrara el país en la opulencia y no

santa Doña Isabel, desde Madrid, á casarse, el Rey con la Reina Margarita y su Alteza con el Archiduque Alberto, manuscrito en la Biblioteca Nacional, H. 48, copio lo relativo á marina:

«A 22 de Hebrero fué Su Majestad á la mar (en Denia) y se embarcó con Su Alteza en un bergantín muy galán, con los remeros vestidos de casacas de tafetán carmesí, y se hizo á la vela á ver una cueva que llaman Falda, que está á la orilla de la mar.... antes de anochecer se hizo un poco á la vela la mar adentro, y le acompañaron un piloto flamenco y otras barcas de la tierra, y tiraron mucha artillería y justaron unas barcas con otras, cayendo los justadores á la mar.

»Sábado 26 de Marzo fué Su Majestad al Grao (de Valencia) á ver un navío grande.

»Martes á 27 de Abril vinieron al Grao siete galeras de las que habian venido con la Reina, y entre ellas la capitana del Duque de Saboya, toda negra; fué el Rey y el de Denia, el de Velada y Juan Andrea á verlas.

»Jueves 17 de Junio, á las ocho de la noche, haciendo buena luna, se embarcó en el puerto de Barcelona la señora infanta Doña Isabel con su marido el archiduque Alberto y la Archiduquesa madre de la Reina. Salió Juan Andrea de la galera Real con dos esquifes juntos uno con otro, y en ellos cinco sillas para los Reyes; entraron en ellos y desembarcaron en la Real; despidiéronse muy tiernamente, y dió la vuelta á tierra el Rey y Reina en el mismo esquife, junto con Juan Andrea, que en él se volvió á la Real, que estaba aderezada ricamente de brocado y telas. A la primera hora de la misma noche salieron del puerto con buen tiempo.

»Desde Barcelona á Tarragona vinieron once galeras haciendo guarda por la costa, dando fondo donde paraban los Reyes enfrente de los lugares: á 21 de Julio se embarcó Su Majestad en las galeras y á 22 se desembarcó en Denia, donde le recibieron con gran salva de artillería, y allí fué á pescar los atunes. El tiempo que estuvo en Denia hubo una batalla naval de las galeras de Nápoles y Génova haciéndose á la mar cosa de una legua, y todas las circunstancias que podían tener siendo enemigos; pelearon más de una hora disparando brava artillería, y cuando fué hora disparó el castillo, dándolos por buenos y poniéndolos en paz.

»El día siguiente por la mañana se tornó Su Majestad á embarcar en el filibote flamenco y merendó manteca y otras cosas que le dieron. A la tarde se combatió un castillo que habían hecho aposta en la marina y dentro había cosa de 200 hombres vestidos de moros; el castillo se defendió muy bien y al cabo le entraron, y los moros fingidos dieron á huir á la mar, donde tenían barcos para ellos.

»El día siguiente se embarcó Su Majestad y fué á pescar con su Alteza, donde se holgó mucho, y á la noche hubo comedia, y al fin della tocaron un rebato falso, que á las damas, y á quien no lo sabía, dió harta pena, porque decían había en la costa de Denia catorce galiotas de moros. A 16 salió Su Majestad de Denia, y en el camino estaban emboscados cosa de cien hombres vestidos de moros y empezaron á tirar, y luego los jinetes cercaron, y no faltó damas á quien, pensando era de veras, se les quitó el color.



en la situación expuesta por el Soberano ante las Cortes, «de no poder sustentar su persona y dignidad real porque no había heredado sino el nombre y las cargas de Rey, vendidas la mayor parte de las rentas fijas del real patrimonio y empeñadas por muchos años las que habían quedado» ¹.

Durante la estancia en Barcelona se supo cómo el 11 de Junio habían aparecido ante la Coruña 60 velas, que fondearon por la banda de Santa Cruz lejos del fuerte, y que al recibir algún proyectil de pieza larga se pusieron á la vela sin hostilizar, haciendo rumbo hacia el cabo de Finisterre. Pareciendo armada insuficiente para expugnar á cualquiera de las plazas fuertes, se juzgó fuera una de tantas despachadas cada año á las Azores y cabo de San Vicente al tiento de las flotas, sin concederle atención. Justamente había partido para las Antillas el general D. Francisco Coloma con 12 galeones; en Sevilla aprestaba Pedro de Zubiaur otra escuadra que juntar con las de Lisboa y de Ferrol para cualquier evento; en el puerto de Santa María se reunían 22 galeras y al pie de 5.000 hombres.

Poco tardó en llegar aviso de que las naves espantadas de la Coruña, con agregación de otras, hasta el número de 74, pertenecían á los rebeldes de Flandes, ó sea á las que se nombraban á sí propias Provincias Unidas de los Países Bajos, y que venían en abierta ofensiva, mandadas por el almirante Pedro Vander Dous. Aparecieron el 26 de Junio ante la ciudad de Las Palmas, en Gran Canaria, amagando desde luego desembarco de gente por la caleta de Santa Catalina, donde tenían trincheras los vecinos, y verificándolo con lanchas por el puerto de la Luz con fuerza de 4.000 soldados y daño de los defensores, que no pudieron resistir á cuerpo descubierto.

Herido mortalmente retiraron al gobernador Alonso de

¹ Sin embargo, por las *Relaciones* de Cabrera de Córdoba, gastó en la jornada 950.000 ducados desde el 21 de Enero que salió de Madrid hasta el 10 de Octubre que llegó á Barajas. El Marqués de Denia por sí solo desembolsó 300.000 ducados, sin contar las joyas regaladas á la comitiva de la Reina y del Archiduque; el gasto de los grandes y señores de Castilla pasó de tres millones.



Alvarado, el mismo que contrarrestó bizarramente las tentativas de Drake años atrás; herido también el sargento mayor Antonio de Heredia, cedieron el campo los isleños encerrándose en la ciudad, mientras los holandeses cercaban al castillo de la Luz, cuyo Gobernador no resistió lo que pudiera. Con la artillería de esta fortaleza hicieron los asaltantes batería contra la de Santa Ana, tirando tres días hasta que las brechas de la cerca les dieron entrada. Faltos de munición en Las Palmas, se salió la gente, situándose en los riscos inmediatos, desde donde continuó la escaramuza con ventaja, utilizando la disposición del terreno, y allí, cuando los enemigos se internaron, aunque con precaución avanzaban por columnas, les causaron considerable merma, haciéndoles volver á la playa.

Propusieron los invasores el rescate de los edificios por 400.000 ducados en el acto, reconocimiento del señorío de las Provincias y tributo anual de 10.000, con amenaza de incendiar por completo la ciudad; y como se respondiera al parlamento dignamente que hicieran lo que pudiesen, al iniciar el reembarco arrimaron las teas. Gracias á la celeridad con que picaran á la retaguardia consiguieron los canarios evitar la destrucción. Solamente ardieron los conventos de San Francisco y Santo Domingo con unas doce casas. Desmantelaron, por supuesto, los holandeses los dos castillos del puerto de Santa Ana y el de la Luz; se llevaron la artillería juntamente con las campanas de las iglesias y algunas pipas de vino, escaso botín pagado con la vida de 900 hombres.

Vander Dous supo en los días de la ocupación que estaban prevenidas las islas de Tenerife y Palma, é hizo rumbo á la Gomera, que no podía resistir á su armada; destruyó la torre defensiva de la villa; llevóse, como en Las Palmas, los cañones y objetos de la iglesia parroquial; quemó la ermita de Santiago, mostrando en el proceder, tanto como en las exigencias, tener bien aprendida la lección de los ingleses, maestros en sacar provecho de los armamentos ¹. Y como

¹ *Relación de lo que ha sucedido á la armada del enemigo en la isla de Canarias.*—



más no podía prometerse de las Canarias, dividió la fuerza, destacando al vicealmirante Juan Gerbrantsen con 35 navíos á las Terceras, al aguardo de las flotas de Indias; tiempo y trabajo perdido, porque, avisadas de la novedad, invernaron en la Habana.

Esto, que en España tampoco se sabía, instó al Gobierno á despachar al Adelantado de Castilla desde la Coruña con 50 navíos y 8.000 hombres, algo tarde ya, por lo que hubo de luchar con temporales, que se pensara desataba en cada expedición su mala estrella. Los experimentó tremendos sobre la isla de Flores á fines de Setiembre, dispersa la poderosa escuadra que llevaba. Los más de los navíos salieron del paso sin mástiles, velas ni jarcias, habiendo arrojado al agua artillería y pertrechos. Dos aportaron medio deshechos á Galicia; de otros dos no volvió á saberse; el general surgió en Cádiz con 13, tan descalabrados que no eran de servicio sin reparación, esperando á la cual se vino el Adelantado á la corte ¹.

Mientras volvía descontento á Holanda Gerbrantsen, no sin descalabro, aunque no tanto, navegaba hacia las Indias Vander Dous con el resto de la armada; 36 navíos de los mayores y mejor pertrechados, dispuesto á resarcirse á costa de las poblaciones indefensas. Empezó saqueando á la isla de Santo Tomé; incendiándolo todo, matando bastante gente, cargando de sal las bodegas á falta de mercancía más valiosa.

Cabrera de Córdoba, *Relaciones*.—Viera y Clavijo, *Historia de las islas Canarias*.—Dirección de Hidrografía, *Colección Sans de Barutell*, art. 6.º, números 180 y 181.—Relaciones impresas en Sevilla.

¹ Consérvase en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CIV, fol. 114, una carta de 30 de Diciembre de 1599 con noticia de ocurrencias. Comentando las del Adelantado de Castilla, habla de sus repetidas desgracias por mar y tierra, diciendo sabía España lo que por nuestros pecados había salido perdidosa encomendando en manos de tal capitán su fortuna, «con tanta mengua de vidas, de ejércitos, de flotas, de millones de ducados, de navíos, de galeras, de bastimentos, de artillería, de municiones, de reputación, de honra, de ocasiones». Cuenta que, hallándose en la antecámara real, insinuó el Conde de Fuentes frases que mortificaron mucho al Adelantado y al Duque de Lerma, su amigo y consuegro; mas como sin duda tales frases eran eco de la opinión pública, aunque Martín de Padilla se querelló al Rey, recibió mandato de marchar al puerto de Santa María á servir su cargo de Capitán general de las galeras de España.



El clima intertropical, contrario á la complexión sanguínea de su gente, no le consintió emprender otras cosas, atento á curar de la enfermedad á las tripulaciones atacadas. Tocóle á su vez sentir los efectos, de que murió, volviendo las naves sin cabeza á las costas de donde salieron, exceptuadas siete que iban á buscar suerte en el Brasil ¹.

Esta primera de las expediciones militares holandesas, acometida por sí solos y con propios recursos, anunciaba que los pescadores de arenques, los mendigos de mar menospreciados en los primeros momentos de la rebelión, habían constituido y componían ya nación marítima capaz de hacer frente á la que les dió entidad y vida, cuando la española era todavía respetada y temida en todo el mundo. Mientras Felipe II existió, pesaba sin duda su influencia sobre los que nacieron súbditos de Carlos de Gante; verdad es que, como tales, dicho queda, tuvieron abiertos los puertos de la madre patria hasta el fin de la vida del Monarca, alimentando con ellos mucha parte de su comercio y de la industria. Quizá comenzaran á volar naturalmente porque sintieron el vigor necesario en las alas, mas ello coincidió con el fallecimiento del Rey, á quien habían conocido, y con la clausura de los mercados á que acudían por costumbre y ganancia.

Debieron de ofrecerse á la imaginación de los marineros elegidos por gobernantes, juntamente con la exigencia de la necesidad, el ejemplo de sus vecinos y aliados, los ingleses, en el ataque de las flotas indianas, el conocimiento adquirido de la disposición de las colonias y de los colonos españoles, aliciente de los audaces, y más que todo la conveniencia de adquirir autoridad y reputación á los ojos extraños. Esta primera vez tuvieron que anotar entre las partidas arriesgadas á interés futuro las pérdidas de material y de hombres, sin considerar fallida la cuenta de la empresa, por lo que, tomada osadamente la ofensiva contra España, habían causado daños de consideración, alcanzado trofeos, recogido prendas, sin descalabro de sus armas. Abrían para los suyos senda de

¹ Le Clerc, *Histoire des Provinces Unies des Pays-Bas*.



esperanzas, dando á entender á los adversarios que en lo sucesivo no los encontrarían abrigados tras los bajos de Flandes; habíanlos de ver por todas partes, por las más lejanas, enemigos de mar acuciosos.

Como menos se creía respondieron á la disposición y actitud de las otras provincias de los Países Bajos esperanzadas de ver el fin de los disturbios y guerras desde el acto de abdicación de la soberanía en favor de los Archiduques; la política, la batalla, la intervención de las armas españolas iban á continuar por allá sin alteración sensible.

He aquí explicada la facilidad en la estipulación para llevar galeras al mar del Norte, así como la diligencia puesta en ejecutarla. Federico Spínola partió satisfecho de Barcelona en Junio de 1599 ¹, al tiempo en que Vander Dous atacaba á las Canarias, dejando libre el canal de la Mancha. Pudo hacer, por consiguiente, la travesía desde Santander al puerto de la Esclusa, donde estableció su apostadero como punto estratégico.

Desde el principio causó imponderable extorsión con tan reducida fuerza, atacando á las flotillas de pesca, á los convoyes del comercio, al cabotaje y á los puertos. El Gobierno de las Provincias Unidas tuvo que hacer gastos impensados, distraer las fuerzas navales en escoltas sin evitar los asaltos y sorpresas, con que iba llenándose la Esclusa de buques capturados antes de dar con el remedio, que fué construir y armar galeras de mayor poder que las españolas, á fin de que los holandeses «las perdieran el miedo» ².

Visto el resultado del ensayo, no hubo embarazos en la corte para ensanchar los capítulos del asiento con otros, aumentando el número de vasos que proponía Spínola; pendía

¹ «La semana pasada partió de aquí para Santander Federico Spínola..... Dicen se le seguirá muy grande interese (de las presas), que es el que le ha hecho procurar de tomar este asiento con S. M. y el Archiduque, en que gastará de presente, según dicen, 400.000 ducados, y no le ha de correr el sueldo ni la paga que le ha de hacer S. M. hasta pasados dos años. Tiénese por cosa muy necesaria para el beneficio de aquellos Estados.» (Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, pág. 32.)

² Le Clerc, *Histoire des Provinces Unies*.



únicamente la resolución de la venida á Madrid, con objeto de especificar las condiciones y de desembarazar costas y cabos de cruceros ingleses y holandeses en acecho.

Con unos y otros habia encuentros frecuentes, siendo de notar el de ocho galeones britanos, situados en el estrecho de Gibraltar á fin de amparar el paso de sus mercantes, con cinco de nuestra armada del mar Océano, que, siendo inferiores, salieron malparados de la refriega (1600). Otras dos naos, envalentonadas por la circunstancia de conducir soldados desde Ferrol á Cádiz, se atrevieron á combatir á un convoy de 25 mercantes, quedando, para escarmiento de temerarios, á fondo la una, y la otra desmantelada. El lucimiento tocó á D. Diego Brochero, dos veces enviado á las Terceras con 15 naos á esperar á las flotas de las Indias de Oriente y Occidente, pues trajo á salvo á unas y otras á vista del enemigo, y la de Nueva España, desde allá escoltada por los galeones de D. Francisco Coloma, conducia el tesoro de dos años.

Igual servicio, con mérito más subido, prestó el año siguiente (1601) librando la plata de las escuadras de Sir Richard Lewson y de Willians Monson, unidas para el ataque ¹, y casi al mismo tiempo sostuvo el crédito de las armas don Luis Fajardo en combate de 20 navíos ingleses y holandeses con los siete galeones de su mando, consiguiendo maltratar á la capitana enemiga y hacer presa de la almiranta y de un patache, á costa de 200 bajas en muertos y heridos ².

¹ John Barrow, *Memoirs of the naval worthies of Queen Elizabeth's reign*. London, 1845.—John Payne, *The naval history of Great Britain*. London, 1793.—El último expresa que consiguieron los ingleses tomar una carraca portuguesa que valia un millón de ducados.

² Cabrera de Córdoba, *Relaciones*.—Le Clerc, *Histoire des Provinces Unies*, anota eran ocho las naves holandesas, de á 600 toneladas, y 13 las españolas: en la acción, dice, unas y otras se hicieron daño, apartándose sin resultado decisivo.

